

Alocución del Presidente con motivo de la concesión del doctorado Honoris Causa por la Facultad de Derecho

**Universidad de Coímbra, 28 de abril de 2006
Josep Borrell**

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Señor Presidente de la Asamblea de la República,
Excelentísimo Sr. Decano
Doctores y Profesores,
Diputadas y diputados,
Embajadores,
Autoridades,
Señoras y Señores:

Encontrarme en esta magnífica sala dos Capelos ante el Claustro de la Universidad de Coímbra, este ilustre Senado, es para mí un gran honor que quiero empezar agradeciendo.

Que una de las primeras universidades europeas, la más antigua de Portugal y una de las Facultades de Derecho más prestigiosas, me considere candidato a su Doctorado “Honoris causa” es una gran satisfacción para mí, tanto como catedrático de la Universidad Complutense de Madrid como responsable político español y europeo.

Coímbra, Bolonia, Salamanca, Oxford, La Sorbona, Cracovia, son nombres mágicos de nuestra común herencia cultural; las Universidades, como las Catedrales, son parte esencial de nuestro paisaje y actores privilegiados a la hora de conformar la identidad europea.

Y especialmente Coímbra, porque desde su fundación en 1290, no sólo se dedica a la difusión del saber sino también a la formación de los jóvenes en los valores de la paz, la libertad y la solidaridad, que son los valores de Europa.

Una Europa a la que le ha costado tanto tiempo unirse como a estos muros envejecer, testigos de la evolución del currículo del estudiante clásico desde el Trivium y el Quadrivium, hasta las becas Erasmus-Mundus actuales.

Sras. y Sres.:

Nada predestinaba al nieto de un campesino, un “pagés”, en mi lengua catalana materna, que dejó el Pirineo para buscar, bajo las más altas cumbres de los Andes, una esperanza mejor, ni al hijo de un modesto panadero, a estar hoy aquí, en Coímbra.

Debo reconocer que el ansia de saber y la voluntad de explicar han alimentado siempre mi fervor por descubrir otras realidades más allá de mi entorno natal. Quizá porque los ecos de tierras lejanas estaban sepultados bajo el miedo y la tristeza de la posguerra civil española.

Pero si estoy aquí, lo debo sobre todo, al esfuerzo de mis padres y a la paciencia de mis humildes maestros de escuela rural que creyeron descubrir en mí ciertas aptitudes para el estudio.

Y a la amistad del Presidente de la Asamblea de la República, gran embajador de Portugal en el mundo y compañero de la Convención Europea.

Como Cicerón escribió, "Litterátum rádices amáras, fúctus dólces", ("las raíces del estudio son amargas, pero dulces sus frutos"). Pero no hay amargura alguna en mis recuerdos de estudiante. Al contrario, desearía poder volver a vivir el encuentro con rosa rosae, el número pi, los átomos y los momentos estelares de la Humanidad, envueltos en el frescor del amanecer y el aroma de pan caliente.

También sé que este doctorado no me lo conceden sólo a mí personalmente, sino que con él honran también al Parlamento Europeo, compendio de dos grandes principios que unen la política y la Universidad: la democracia y la palabra, el saber y la voluntad.

Siempre he pensado, y practicar he intentado, que el buen político es fundamentalmente un pedagogo, es decir, lo contrario de un demagogo. Tanto más cuanto más complejo se hace nuestro mundo y más difíciles las decisiones colectivas. Que sólo el saber nos hace libres y que la democracia no se reduce al rito del voto sino que reposa sobre la permanente construcción de una sociedad lúcida, capaz de comprender para poder decidir.

La política no es ni la ciencia, ni la moral. Marca el discurrir por el estrecho camino que la voluntad construye ante el azar y la necesidad. Por eso, Max Weber y Gerome Monod me han acompañado en mi viaje a Coímbra.

Señoras y señores miembros del Claustro de Coímbra, Ilustres invitados.

El profesor que siempre he querido ser, dentro y fuera del aula, se encuentra ante ustedes siguiendo los pasos de Monnet, Schuman, De Gasperi y Salvador de Madariaga. Y de todos aquellos que han defendido la paz y la reconciliación entre los pueblos.

Esos Padres Fundadores de la Europa Unida fueron pioneros de un sueño de paz, como los navegantes portugueses que Luís de Camoes descrió en Os Luisadas: "... abriendo aquellos mares que ninguna generación anterior había abierto".

Este sueño se ha hecho hoy realidad. Nunca antes generación alguna lo consiguió. Los europeos hemos ido borrando las fronteras físicas, políticas y mentales que nos separaban. Siguen dibujadas en los mapas pero ya no son las cicatrices que la Historia grabó en la piel de la Tierra.

Recuerdo el día que, como responsable de la Hacienda Pública española participé en el cierre de la aduana de Caia en el camino que lleva a Coímbra, a la que nunca antes llegué.

Antes, las fronteras se suprimían a punta de bayoneta pero nuestra generación lo ha hecho tendiendo lazos que han convertido a los enemigos ancestrales de ayer en los vecinos más cooperativos del mundo.

Pero si bien la paz en nuestro continente está hoy asegurada, tenemos que seguir construyendo Europa con más alma, cultura y solidaridad, basándola en una democracia supranacional y haciendo de ella un actor global capaz de influir en los asuntos del mundo.

Europa está hoy inmersa en un período de reflexión sobre su futuro y este doctorando se ha comprometido a hacer todo lo posible para que este debate sea fructífero y en él participen el mayor número de europeos.

Es importante que lo hagan, porque, como señaló recientemente J. Rifkin, el verdadero debate sobre Europa no es sobre su Constitución sino sobre su modelo de sociedad y también sobre el sistema económico que emergió del fin del enfrentamiento entre capitalismo y comunismo.

Después del fin de la guerra fría, el mundo se dirige hacia una nueva bipolaridad protagonizada por la potencia militar hegemónica occidental, EE. UU., y la gran potencia económica oriental emergente, China.

Sólo Europa puede equilibrar ese nuevo mundo.

Para ello haría falta que el proceso de construcción de la Unión Europea consolide a Europa como una realidad diferenciada de los modelos económicos norteamericano o chino, que no podemos tomar como ejemplo a seguir por mucho que algunos nos canten sus alabanzas.

El elemento diferenciador europeo debe ser conciliar crecimiento económico y cohesión social sobre la base de una economía flexible, innovadora, sostenible y redistributiva en un marco de libertades políticas.

Sólo Europa puede demostrar, en la práctica, que no hay incompatibilidad entre crecimiento económico e igualdad, como ya planteó teóricamente Myrdal. Al contrario, mayores cuotas de igualdad deben favorecer un crecimiento económico mayor, mejor y más rápido.

Aunque ya dijo Saramago que la duda es uno de los nombres de la inteligencia, no dudo en afirmar que el fundamento del futuro de Europa debe basarse en:

- una economía dinámica y competitiva para poder financiar nuestra cohesión social.
- y también políticas sociales para que nuestra economía sea dinámica y competitiva, de forma sostenible.

Lo que se ha venido en llamar Estrategia de Lisboa, nacida en esta tierra en Marzo del 2000, busca esta complementariedad entre eficacia económica y cohesión social.

Cohesión social y competitividad económica no son incompatibles. Son complementarias y se apoyan mutuamente.

En efecto, la realidad demuestra que no se puede esperar que el crecimiento económico aumente la cohesión social de forma automática, ni se debe aumentar sin límite el papel del mercado como proveedor de bienestar en detrimento del papel redistribuidor de la acción política.

La palabra autorizada del Presidente de la República Portuguesa, nos recordaba que es necesaria una lucha permanente contra la desigualdad social en la propia Europa.

Para algunos, las cifras de desempleo, crecimiento del PIB y productividad parecen confirmar que el modelo norteamericano, es el espejo donde se debe mirar la economía europea.

Pero tenemos que tener cuidado con estas comparaciones. Otros datos sobre la pobreza, la creciente desigualdad, el tiempo de trabajo, el consumo energético, los efectos ambientales o la carrera armamentista, hacen de la economía norteamericana un modelo socialmente menos atractivo.

Algo similar ocurre con las condiciones políticas y sociales en las que China basa su espectacular crecimiento, que serían inaceptables para los ciudadanos de Europa.

Ambos modelos son un claro ejemplo de que crecimiento económico (producir más) y desarrollo económico (mejorar la calidad de vida del conjunto de la población) no tienen por qué ir de la mano, como argumenta Amartya Sen.

Por todo ello, el debate europeo actual debe llevar a consensos básicos en dos cuestiones fundamentales:

- el equilibrio entre economía de mercado y valores sociales.
- la política social como un factor de crecimiento y desarrollo económico y no como un lastre para la economía.

Acabo esta atropellada digresión sobre el paisaje intelectual por el que discurre la andadura cotidiana de un Presidente del P.E., compleja y moderna torre de Babel en la que el debate y el voto han substituido a la fuerza bruta en la resolución de los conflictos entre los europeos.

Espero no haber dado la razón a Don Quijote cuando dice: "no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca". Espero haberles si no convencido, al menos interesado.

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector:

Si Usted y el Claustro de esta Universidad consideran que reúno las condiciones de elegibilidad y de méritos suficientes para que se me conceda el título de Doctor Honoris Causa, tengan la seguridad de mi compromiso más absoluto de permanecer digno de este honor.

Muito obrigado.